

## La fe contra el Sha\*

Michel Foucault



289



289

**Teherán.**<sup>95</sup> Teherán está dividida en dos por un eje horizontal. La ciudad rica, en medio de enormes obras y autopistas en construcción, trepa suavemente sobre los lados de las montañas; va hacia la frescura, las villas con sus jardines están cerradas por altos muros y puertas de metal macizo. Al sur están el bazar, el viejo centro de la ciudad y las afueras pobres. En la periferia, los barrios muy bajos se pierden en la vista confundándose con el polvo y la planicie. Un poco más lejos, la ciudad baja con enormes excavaciones que atraviesan el curso de los siglos desde donde se sacó la arcilla con la que se construyó Teherán. Quinientos o seiscientos metros más abajo del Palacio Real y el Hotel Hilton, la

---

\* Este artículo apareció originalmente como "Tehéran: la fede contro el scia" en el *Corriere della sera* del 8 de octubre de 1978 y fue reproducido en francés en *Dits et Ecrits* [Paris, Gallimard, 1993, III, 683-688]. El título propuesto por Foucault fue "A la espera del Imán", y hacía alusión al duodécimo imán en la tradición chiíta. Su visión de esta religión estuvo influenciada por la entrevista que le realizó a Kazen Shariatmariari en Qom, el 20 de septiembre de 1978. Shariatmariari era uno de los más altos dignatarios chiitas. Convince a nuestro autor que el chiismo no podría reivindicar la exclusividad del poder temporal. El 24 de febrero de 1979 creó el Partido Republicano Popular opuesto al Partido de la República Islámica de Jomeini. Por este enfrentamiento le valió terminar sus días bajo residencia vigilada.

Las citas con números corresponden a notas hechas por el traductor, las que poseen asteriscos están en el original en francés.

<sup>95</sup> La indicación "Teherán" aparecía en el *Corriere* al inicio de cada artículo, y tenía por objeto crear la ilusión de que eran escritos allí, cuando en realidad fueron redactados a su retorno a París.

ciudad dejó allí su modelo vacío: más allá del hueco, se extienden telas rojas y negras para hacer viviendas.

Donde termina la ciudad y ya se siente el desierto, se unen dos vacíos en sentido contrario: los campesinos expulsados por los efectos de la reforma agraria; y los ciudadanos expulsados por el triunfo de la urbanización. Un fenómeno a escala en todo Irán: en diez años la población urbana pasó de nueve a diecisiete millones.

Hoy, como todos los viernes, las dos mitades de la ciudad que se yuxtaponen durante la semana, se separan. El norte, va más al norte, hacia las playas del Caspio. El sur, más al sur, hacia Char-e-Rey y los viejos santuarios donde descansa el hijo del imán Reza. En torno al mausoleo todo es pisoteo, bullicio donde los europeos se equivocan cuando buscan qué es kermés y qué es devoción. El soberano actual ensayó captar un poco de esta corriente erigiendo muy cerca la tumba de su propio padre, Reza, trazando una larga avenida amenazada por los terraplenes de hormigón; allí donde antes había huertas, dio fiestas y recibió a delegaciones extranjeras. En la rivalidad con los muertos, los hijos del Imán cada viernes llegan hasta el padre del rey.

“¿Qué queda de lo otro?” –se dice frecuentemente– “Se les ha cortado su existencia tradicional. Es cierto que su vida era corta, precaria. Pero los atractivos de su agricultura y de sus talleres de artesanos no se reemplazan por la promesa de un salario que no se busca en los trabajos de excavación o de construcción (y también), exponiéndose permanentemente al desempleo. Así desplazados ¿qué refugio tienen sino en la mezquita y en su comunidad religiosa?”

Pero en el lugar subsiste sin adorno un mismo “transplante”: tentativas para crear culturas de exportación de productos que antes eran recolectados en el lugar, intentando poner allí las nuevas estructuras administrativas. Desde hace muchos meses, sobre una ruta desierta hay un cartel deseando la bienvenida a los automovilistas que llegan a Meibod. Pero habría que buscar: no hay huella de Meibod. La gente de la región interrogada no sabe qué se hará allí. Hecho el relevamiento, se habría creado a partir de cinco caseríos dispersos una ciudad que no existe más que para los burócratas. Por un instante, ninguno se preocupa aún por esta ciudad que no le pega el sol, como una geografía sin raíces: pero pronto esta gente se encuentra administrada de otra forma, forzados a vivir de otro modo, unidos entre ellos por otras relaciones y quizás desplazados.<sup>96</sup> ¿Dónde buscar

<sup>96</sup> Nótese el juego que el autor hace entre modernización y vacío, vinculada a la acción del gobierno del Sha y la fuga que produce hacia los lazos religiosos.

protección? ¿Dónde encontrarla sino en el Islam que, después de siglos, regló con tanto cuidado la vida cotidiana, los lazos familiares, las relaciones sociales? No ha cambiado su rigor, su inmovilidad. Es el “valor del refugio”, me dijo un sociólogo. No obstante, me parece que este iraní, buen conocedor de Irán, pecaría (discreción quizás ante un europeo como yo) por exceso de occidentalización.

Recordamos hace ocho días la conmemoración de las víctimas del motín;<sup>97</sup> en la inmensa cementera de Teherán que lleva el nombre de “Paraíso”,<sup>\*</sup> y donde los muertos descansan a flor de tierra bajo una delgada película de cemento, las familias, los amigos de los muertos y miles de oradores se lamentan levantando los brazos después del mediodía, en torno a las ropas negras y grises de los mulás. Éstos se pusieron a discutir y con violencia: cambiar al Sha, ¿ahora o después? Echar a los norteamericanos, ¿pero cómo? ¿Tomar las armas o esperar? ¿Sostener o denunciar a los diputados de la oposición que atacan al régimen en el Parlamento y dan la impresión al mundo de que la libertad volvería? Al fin de la tarde, los grupos estaban allí formados, sueltos y reformados, en torno a los religiosos. La fiebre política no olvida a los muertos, es el culto al cual tenían derecho.

Y ocho días antes, eran miles de manifestantes en las calles de Teherán gritando: “Islam, Islam”; “Soldado, mi hermano, ¿por qué tiras sobre tus hermanos? Ven con nosotros a salvar al Corán”; “Jomeini heredero de Hussein, Jomeini, nosotros te seguimos.” Y conocí a más de un estudiante “de izquierda”, según nuestras categorías que, sobre el panel donde había escrito sus reivindicaciones y con el brazo extendido, había escrito en gruesos caracteres: “Gobierno Islámico”.

Y es necesario remontarse más atrás. Durante todo este año, la revuelta estuvo en todo Irán, en las fiestas conmemorativas, de culto, predicando y rogando. Teherán homenajeó a los muertos de Abadán; Tabriz a los de Isfahán; y Isfahán a los Qom. Fue planeado en algunas casas, en anchos empalmes de árboles donde iluminan, caída la noche, bombillas blancas, rojas y verdes: es el “lecho de bodas” de varones que estarían muertos. Y de día, en las mezquitas, los mulás hablan furiosamente contra el Sha, los norteamericanos, Occidente y su materialismo. En nombre del Corán y del Islam apelan a la lucha contra todo

<sup>97</sup> Se refiere al “Viernes Negro” (8 de septiembre de 1978)

\* Paraíso de Zahra o Behecht Zahra, oasis en los confines del desierto a una decena de kilómetros de Teherán.

este régimen. Cuando las mezquitas quedan chicas por la muchedumbre se ponen altoparlantes en la calle y toda la ciudad, todos los barrios retienen esas voces terribles, como debieron ser en Florencia la de Savonarola, las de los anabaptistas en Münster o las de los presbiterianos en los tiempos de Cronwell. Se han registrado muchas de estas prédicas, los casetes circulan a través de todo Irán. Un escritor que no era un hombre religioso, me hizo entender en Teherán que allí eso no se sentía ni como repliegue, ni como refugio, ni como desconcierto, ni como miedo.

No he querido preguntarle si esta religión, que llamó tantas veces a la batalla y a la conmemoración, no está en el fondo fascinada por la muerte –más preocupada quizás por el martirio que por la victoria. Sabía que él me habría respondido: “Es que ustedes los occidentales se preocupan por la *muerte*; ustedes enseñan la resignación. Nosotros nos preocupamos *de los muertos*, pues nos atan a la vida, nosotros les tendemos la mano para que nos unan al deber permanente de justicia. Ellos nos hablan de los derechos y la lucha que la hace triunfar.”

¿Ustedes saben cuál es la frase que en estos tiempos más hace reír a los iraníes? Les parecerá la más tonta, la más llana, la más occidental: “La religión es el opio de los pueblos”. Hasta la actual dinastía, los mulás en las mezquitas predicaban con un fusil a su lado.

El 90% de los iraníes son chiítas. Esperan el retorno del verdadero imán que hará reinar en la tierra el verdadero orden del Islam. Pero esta creencia no se anuncia cada día por la mañana en los grandes acontecimientos, no acepta más indefinidamente todas las grandes desgracias del mundo. Esto encontré, en una de las primeras frases del ayatolá Shariatmariari que es sin duda la más alta autoridad espiritual en el Irán de hoy, cuando me dijo: “Esperamos al Mahdi, pero cada día nos peleamos por un buen gobierno.” El chiísmo, frente a los poderes establecidos, arma a sus fieles de una impaciencia continua. Les hacen sentir de un solo golpe que es político y religioso a la vez.

En primer lugar es asunto de creencia. Para los chiítas, el Corán es justo porque dice la voluntad de Dios, pero Dios mismo ha querido ser justo. Es la justicia que ha hecho la ley, y no la ley la que ha hecho la justicia. Esta justicia, se debe leer en “el” texto dictado por Dios al Profeta pero también se puede descifrar en la vida, los propósitos, la sabiduría y los sacrificios ejemplares de los imanes, nacidos después de Alí en la casa del Profeta, y perseguidos por los gobiernos corruptos de los califas, estos arrogantes aristócratas que han olvi-

“La fe contra el Sha”

dado la vieja justicia igualitaria. Y cuando el doceavo imán\*\* se vuelva visible y la restablezca en su perfección, por el saber, por el amor de Ali y sus descendientes, por el martirio mismo, por la defensa de la comunidad de creyentes contra el poder malvado.

En consecuencia, es asunto de organización. En el clero chiíta, la autoridad religiosa no está determinada por una jerarquía. Es lo que no se quiere entender. Los grandes ayatolás del momento, quienes frente al rey, a su policía y su ejército, sacaron a la calle al pueblo, nadie los ha entronizado: se los ha escuchado. Y esto es cierto hasta en las pequeñas comunidades donde los mulás barriales y en las ciudades agrupadas en torno a ellos, dan su palabra habitual y tienen influencia, los aportes voluntarios de éstas les otorgan su subsistencia. Pero tienen una solicitud constante: la denuncia de la injusticia, la crítica a la administración, se levantan contra las medidas inaceptables, blasfemas y prescriptibles. Estos hombres religiosos son como muchos puntos sensibles en donde aparecerá el cólera y las aspiraciones de la comunidad. Si quisieran ser una contracorriente, perderían este poder por la esencia del juego entre la palabra y el escuchar.

No embellezcamos las cosas. El clero chiíta no es una fuerza revolucionaria. Después del siglo XVII son la religión oficial. Las mezquitas, las tumbas de santos, han recibido ricas donaciones: bienes considerables han sido acumulados en sus manos, bienes de conflictos y de complicidad con los poderosos. De allí las oscilaciones, aunque de la misma forma es cierto que los mulás, y sobre todo los más humildes, han sido los sostenedores de revueltas. El ayatolá Kashani era apoyado por la población en tanto que sostuvo a Mossadegh; cuando cambió de campo fue olvidado.

Los mulás no son ningunos “revolucionarios” ni siquiera en el sentido populista de la palabra. Pero no quiere decir que la religión chiíta no se oponga al gobierno y a la modernización aberrante por el peso de la inercia. No quiere decir que constituya una ideología que no esté extendida en el pueblo, más que verdaderos revolucionarios son violentos por un tiempo burlados. Es más bien un vocabulario simple a través del cual pasan las aspiraciones que no han encontrado otras palabras. Es hoy, como ha sido muchas veces en el pasado, la forma que toma la lucha política que moviliza a los sectores populares. Hay miles

\*\* El doceavo imán, Imán oculto, o Mesías -Mahdi-, la ocultación que da su sentido a la tradición esotérica y mística chiíta contra el Islam sunnita estatal del invasor árabe.

de ignorancias, odios, miserias, desesperanzas, una *fuerza*. Y hace una fuerza, porque es una forma de expresión, un modo de relación social, una organización elemental y flexible y extensamente aceptada, una manera de ser un conjunto, un modo de hablar y de escuchar algunas cosas que permite hacerse entender a los otros y de querer con ellos, al mismo tiempo que ellos.

Asómbroso destino de Persia. En el amanecer de la historia, ha inventado el Estado y la administración: ha confiado sus recetas al Islam y sus administradores han servido en los cuadros en el imperio árabe. Pero de ese mismo Islam derivó en una religión que no dejó, a través de los siglos, de ser una fuerza irreductible a todo esto que en el fondo de un pueblo, puede oponerse al poder del Estado.

*[Traducción: A. Simonoff]*